

LXXII

María Carolina escuchó este relato, del principio al fin, impasible, sin denotar el menor signo de emoción. Después, pidió un vaso de agua.

Yo misma fui a buscarlo en el tocador, y se lo llevé. Noté que su mano temblaba y que sus dientes castañeteaban contra el cristal.

—¿Se siente mal, señora? — pregunté.

—Me parece que tengo un poco de fiebre.

Me estrechó la mano con cierto terror, y me dijo:

—Pasarás la noche conmigo, ¿no es verdad?

—Libreme Dios de abandonarla un solo instante; pero convendría llamar a un médico.

—¿Para qué?

—Porque temo que no se encuentre Vuestra Majestad seriamente indispueta, y un calmante bastaría para contener a tiempo la dolencia.

La Reina meditó un instante, y dejó caer la cabeza sobre el almohadón.

—Lo cierto es — dijo, — que no me encuentro bien; los oídos me zumban, y todo lo veo rojo. Envía un emisario a Nápoles con una carta para Domingo Cirillo diciéndole que venga a verme mañana lo más temprano posible.

—Si Vuestra Majestad quiere que la pulse... Tengo algo de médico — dijo sir Guillermo.

—Pulse usted — respondió Carolina, alargándole el brazo.

Sir Guillermo se quitó el guante, sacó el reloj, que conservó en una mano, y con la otra pulsó a la Reina.

Comprobó ochenta y dos pulsaciones por minuto.

—Señora — dijo, — el médico debe venir hoy mismo, y no mañana; y como

tengo que regresar a Nápoles para despachar la correspondencia, me encargaré de avisarle. Si no encuentro a Cirillo, le enviaré a Cotugno...

—Envíe usted al que quiera, milord, con tal que no sea un médico inglés. Detesto los calomelanos, que es el remedio único que emplean en todas las enfermedades; diríase que han encontrado la panacea universal.

Sir Guillermo se despidió de nosotras, aconsejando a la Reina que, si empeoraba, no llamase a ningún médico del lugar, y que aguardase la llegada del que vendría de Nápoles.

Sir Guillermo no se engañaba; la fiebre se acentuó rápidamente, y a las dos horas de su partida, la Reina deliraba.

En su delirio, evocaba el suplicio de los tres jóvenes y repetía todos los pormenores relatados por sir Guillermo.

A las doce de la noche, aproximadamente, llegó un coche a palacio. Se sabía que era esperado un médico de Nápoles, y todo estaba dispuesto para que pudiese subir sin pérdida de tiempo.

Corrí a su encuentro. Era el doctor Cotugno. Venía en compañía del secretario de sir Guillermo, que me entregó una carta de éste.

Domingo Cirillo se negó a venir, diciendo que a las cinco de la tarde había enviado a la corte su dimisión de médico de cámara.

Sucedió esto una hora después de la ejecución; la intención era, pues, clara y categórica, y el motivo de la dimisión de Domingo Cirillo no necesitaba ser explicado.

Sir Guillermo, que conocía las opiniones políticas de Cirillo, no extrañó su actitud, y llamó a Cotugno.

Cuando éste entró en el dormitorio, el estado de la Reina se había agravado; su pulso latía febrilmente a razón de noventa pulsaciones por minuto.

Cotugno, con la rapidez de acción que lo distinguía, no hizo más que mirar a la Reina.

—Aquí se presenta — dijo — el caso de la materia excitada por una causa moral, y ahora se trata de que la moral influya sobre la materia.

Y sacó su estuche.

Después, volviéndose hacia mí:

—Señora — me dijo, — ¿me ayudará usted a sangrar a Su Majestad, o quiere usted llamar a alguna de sus camareras?

—¿Es muy difícil, señor, lo que tendría yo que hacer? — pregunté.

—No, a fe mía. Se trata simplemente de que usted no se indisponga. ¿Puede usted responderme de ello?

—Sí, señor; no me falta valor.

—A veces, uno lo tiene para sí, pero no para los otros. Por lo demás, no es cuestión sino de sostener la jofaina.

—Cuenta usted conmigo.

—Pues bien, no perdamos tiempo.

El doctor vendó el brazo de la Reina, y sin más ayuda que la mía, la sangró abundantemente por la vena humeral.

Era la primera vez que yo veía correr sangre, y sangre preciosa de una amiga coronada. Mi impresión fué muy honda.

Estaba arrodillada frente a la cama de la Reina; sostenía la jofaina en que se vertía la sangre en cantidad que me parecía exorbitante. Ignoraba lo que más adelante me explicó sir Guillermo, que el cuerpo humano contiene diez y seis o diez y siete libras de sangre; así que, a medida que corría la de la Reina, sentía obscurecerse mi vista y un sudor frío inundaba mi frente. Sin embargo, me mantuve firme hasta que el médico me dijo:

—Puede usted poner la jofaina en el suelo, señora; hemos terminado.

Como si hubiese agotado todas mis fuerzas, y sobre todo mi voluntad, con la cooperación que acababa de prestar al doctor, no bien hube dejado en tierra la jofaina, me sentí desfallecer, y mi cabeza se desplomó sobre el almohadón de la Reina.

—¡Ya se lo había dicho! — exclamó Cotugno.

—No es nada, doctor, no es nada; pero, ¡le ha sacado usted tanta sangre!

—Cinco o seis onzas, nada más. Es preciso dominar la fiebre cerebral. Ha habido conmoción, y hay que restablecer el equilibrio. Si la fiebre y el deli-

rio continuasen, Su Majestad tomaría un pediluvio a la temperatura más alta que pudiese resistir, cuidando antes de diluir en el agua tres o cuatro onzas de mostaza en polvo; y si esto no bastare, aplíquele usted dos sinapismos. Es absolutamente indispensable atraer a las extremidades la sangre que ha afluído a la cabeza.

—Deje usted escritas estas indicaciones, doctor — le dije. — ¿Por qué no se queda usted al lado de la Reina?

—¿Quién prestaría mi servicio en los hospitales?... A las dos de la tarde estaré aquí nuevamente. Es muy probable que el delirio ceda, y nuestra augusta enferma entrará en estado de convalecencia dentro de tres días... Observe usted que el sueño empieza ya a invadirla.

El reloj dejó oír su metálico sonido.

A la primera vibración, la Reina abrió los ojos y pareció escuchar con ansia.

Yo escuchaba casi con tanta ansiedad como ella, porque conocía la causa de la atención manifestada por la Reina.

El reloj dió las tres.

—¡Bueno! — dijo Carolina, — ¡una hora todavía!

Y su cabeza cayó sobre la almohada.

—Convendría — dijo el doctor, — impedir que este reloj continuase dando las horas, y sobre todo la que seguirá.

Cotugno dijo esto con tan ingenua expresión, que era imposible adivinar si en sus palabras había otra intención que la de imponer silencio al reloj.

Fuí a la chimenea, y paré el péndulo.

Cotugno pulsó a la Reina. Las pulsaciones habían disminuído en número de doce.

—Todo marcha bien — dijo, — y si no sobrevienen complicaciones, dentro de tres días Su Majestad estará buena.

Enjugó con gran cuidado la lanceta, la colocó de nuevo en el estuche, y me encargó que conservase la sangre extraída para examinar su descomposición, y salió, aconsejándome que me procurase un poco de descanso.

Tenía, en efecto, mucha necesidad de él. Hacía tres noches que no dor-

mía apenas. Salvos algunos sobresaltos, el sueño de la Reina fué tranquilo. Arrastré un sillón junto a su cama, cogí su mano entre las mías, a fin de despertarme al menor movimiento, y quedé dormida.

No sé cuánto tiempo duró mi sueño; pero, cuando abrí los ojos, despertada por el ruido que hacían en la habitación inmediata, era ya muy entrado el día.

Aquel ruido lo promovía una persona que decía con acento vehemente:

—¡He de ver a la Reina! ¡digo que tengo necesidad de verla!

Salté de mi sillón y fui corriendo a la pieza contigua.

Encontré en ella a una mujer de aire distinguido, de treinta a treinta y cinco años de edad, con el semblante alterado por el dolor.

—¡Oh! señora—exclamó al verme, —haga usted que pueda yo ver a la Reina, ¡hágalo por favor!

Y me cogió las manos, inclinándose como si fuese a arrodillarse a mis pies.

—¡Imposible, señora!—le respondí. —La Reina está gravemente enferma. Esta noche la han sangrado, y el médico ha prohibido la entrada a quienquiera que sea.

—¡Oh! pero yo—exclamó la señora, —yo no debo ser incluida en esta regla... porque soy... una amiga de la Reina.

—Dispense usted, señora, pero nunca la he visto en palacio.

—¿A qué habría yo venido a la corte? Nada tenía que hacer en ella. Pero usted, que conoce la letra de Su Majestad, lea usted, señora.

Esto diciendo, sacó varias cartas de su bolsillo.

—¡Lea usted, señora, lea usted!... ¡Querida princesa!... ¿No reconoce usted su letra?

—Sí, pero, ¿quién es usted?—pregunté con el mayor asombro.

—Soy... soy la princesa de Caramanico.

—¿La mujer del...?

Me detuve.

—Sí—añadió,—la mujer del hombre a quien tanto amó Su Majestad... Pues bien, vengo a decirle que no pue-

de dejar morir a aquel por quien sintió tan intenso amor.

—¡Dejarle morir! ¿qué ocurre, pues?—oímos que decía una voz detrás de nosotras.

Nos volvimos, la Princesa y yo, y lanzamos un grito. La Reina, que también había sido despertada por el ruido, oyéndome hablar con una mujer, saltó de su cama, y con los pies descalzos, en camisa, sueltos sobre los hombros sus largos cabellos, estaba de pie en el umbral del dormitorio.

Reconoció a la princesa de Caramanico, lanzó un grito, la asió del brazo y la condujo a su gabinete, diciendo:

—¡Ven, Emma, ven!

Seguí a la Reina y a la Princesa, y cerré la puerta.

LXXIII

La Reina nos miró a las dos con mirada extraviada, se pasó la mano por la frente, y después, fijando la vista en la Princesa, dijo:

—He oído mal, ¿no es verdad? Usted no ha dicho seguramente: «La Reina no puede dejarle morir».

—No, señora, no—exclamó la Princesa,—Vuestra Majestad no ha oído mal; he dicho y repito: «No, no, la Reina no puede dejarle morir.»

—Pero, ¿quién es el que la Reina no puede dejar que muera?—preguntó Carolina.

—El que fué amado por ella!

—¿El príncipe de Caramanico?

—Sí.

—¿Está en peligro de muerte?

—¡Lea Vuestra Majestad, lea, señora!

Y cayendo de rodillas, la Princesa mostró una carta a la Reina.

Carolina leyó con acento áspero y castañeteó de dientes:

«Querida amiga...»

Miró a la Princesa con ojos que despedían fulgores.

—Lea, señora, lea—repitió ésta con acento de súplica.

La Reina continuó:

«No sé lo que me pasa; de quince días a esta parte, mis cabellos han encanecido y mis dientes se caen... Me siento dominado por una mortal languidez, y sospecho que me quedan pocos días de vida.

«No puedo decirte lo que pienso, pero tú podrás adivinarlo.

«No le digas nada, y sufre en silencio; desgraciadamente, no hay remedio.

«El padre era médico, y el hijo ha resultado con aptitudes para la química.

»JOSÉ.»

La Reina dió un grito; parecía que los ojos le saltaban de las órbitas.

—Conque, al parecer, ha sido envenenado—dijo Carolina.

—¡Ay, señora!

—Pero, ¿por qué le habrán envenenado, si yo no le amaba ya, o cuando menos, ignoraban que lo amaba todavía?

—Vuestra Majestad no ignora, señora, lo muy popular que era él—repuso la Princesa;—se hablaba de su vuelta a Nápoles; se decía que Acton había perdido el favor de la Reina y que Vuestra Majestad abrigaba el propósito de nombrar ministro a un verdadero napolitano, por ser los extranjeros, en períodos de revolución, instrumentos de poca seguridad. Todo eso se decía, señora. Tales rumores se propalaron y, al extenderse, han ocasionado su muerte.

—¡Oh! ¡si yo llego a convencerme de ello!—murmuró la Reina, apretando los dientes.

—Créalo Vuestra Majestad, señora, créalo, porque es la pura verdad, la verdad fatal, terrible. ¡José, nuestro José, muere envenenado!

—¿Cuándo ha recibido usted esta carta?

—Esta mañana.

—¿Qué fecha lleva?

—Data de cuatro días.

—Primero de octubre... Escribía el mismo día de la condena. ¡Oh!—exclamó Carolina, retorciéndose los brazos,—¡es un castigo del Cielo!

Con este esfuerzo, su reciente herida, mal cicatrizada, se abrió, y de ella salió un chorro de sangre que enrojeció su camisa.

—¡Oh!—grité,—¿lo ve, señora, lo ve? ¡Usted la está matando!

En efecto, debilitada por la emoción y por la pérdida de sangre, la Reina palideció, dejó escapar un débil suspiro y se tambaleó.

Acudí a tiempo de recibirla en mis brazos; se había desmayado.

La Princesa y yo la llevamos a la cama. Me apresuré a ejecutar, lo mejor que supe, las operaciones que había visto que hacía el doctor, y procuré contener la hemorragia antes de que la enferma recobrase el conocimiento.

—Ya ve usted—dije a la Princesa,—el estado en que la Reina se encuentra. Desgraciadamente, no puede hacer nada por el Príncipe. Sólo usted, señora, puede hacer algo.

—¿Qué puedo hacer yo, Dios mío?

—Sin perder un instante, usted puede salir para Palermo con el mejor médico de Nápoles, e informar a la ciencia del crimen que se intenta.

—¡Yo confiaba en la Reina!—dijo la pobre Princesa.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—La Reina no puede servirle en nada, señora, como no sea para castigar, y aun eso, ¡quién sabe! Bien sabe usted que el culpable, o los culpables, están demasiado altos para que el castigo pueda alcanzarles. Puesto que se trata de la salvación del Príncipe, y no del castigo de sus asesinos, piense usted en la vida de aquél, y, por lo demás, esté tranquila, que si la Reina puede castigar, no dejará de hacerlo.

—¡Oh! ¡castigar! ¿Cree usted que castigará?

—Sí, pero para castigar, precisa estar en pleno uso de su razón, de su fuerza, de su poderío. Deje usted que se reponga, vaya usted allí donde la llama su deber y su ternura; salve al Príncipe, si aun es tiempo; reciba su

último suspiro, si es demasiado tarde; sea magnánima en su agonía; dígame que la Reina siempre le ha amado. Debe usted este acto de piedad a esos dos corazones que tanto han sufrido, y que no han tenido sino a usted por intermediaria, por confidente y por amiga.

—Está bien—dijo la Princesa;—haré lo que usted me aconseja, señora; y si la ciencia de un hombre y la abnegación de una mujer pueden salvarle, él se salvará. Gracias. Si muere, diga usted a la Reina que declino en ella el encargo de vengarle.

Se arrodilló delante de la cama, besó la mano de la Reina, me dirigió un postrer adiós con un movimiento de la mano y de labios, y salió precipitadamente.

El desmayo de la Reina era un beneficio de la Providencia; sin él, dada la disposición de ánimo en que se encontraba Carolina, seguramente se habría vuelto loca o bien habría sido atacada de una congestión cerebral.

Salí tras la Princesa para encargar a los criados que no dijese ni una palabra sobre la visita de la Princesa de Caramanico; volví al lado de Carolina, y, viendo que no había recobrado aún el conocimiento, le froté las sienes con agua fría y le hice aspirar unas sales.

Al cabo de pocos instantes, abrió los ojos, pero en la expresión de su rostro, vi que se había reproducido el delirio de la noche.

Toqué el timbre que comunicaba con las camaristas, y dos de ellas acudieron al llamamiento. Recordé la prescripción del doctor, y dimos a la Reina un baño de pies, a base de mostaza; y, como el delirio no cesaba, le aplicamos sinapismos en las piernas. La operación resultó tanto más fácil, cuando que, en medio de su delirio, Carolina me reconocía, y muy sumisa conmigo, me dejaba hacer lo que yo quería.

A eso de la una, cayó en una postración que contrastaba con el estado de exaltación por que acaba de pasar.

A las dos en punto, oí el rodar de un carruaje. Cotugno cumplía su palabra.

Corrí a su encuentro, y en dos pala-

bras le enteré, no de lo que había pasado, pues no me creía autorizada para revelar un secreto de la Reina, sino de que su enferma, después de haber recobrado el conocimiento, había sufrido una fuerte emoción y que la sangría se había abierto nuevamente, lo cual determinó un desmayo. Y añadí que habíamos seguido al pie de la letra sus instrucciones.

El doctor empezó por examinar la sangre, en la que descubrió los signos de una violenta inflamación, y después entró en el dormitorio.

Carolina permanecía inmóvil y con los ojos cerrados.

El doctor la pulsó, auscultó su respiración y le preguntó qué sentía; pero la enferma no abrió los ojos ni respondió.

—Acerque usted la jofaina—dijo Cotugno a una de las camaristas;—Su Majestad no ha perdido bastante sangre, y he de sacarle una o dos onzas más.

La Reina encogió el brazo, señal de que había oído lo que acababa de decir el médico.

Pero éste no quiso advertir aquel movimiento, y le cogió el brazo.

—¡Oh!—dijo la enferma,—ya estoy muy débil; no me debiliten más... No sabría coordinar dos ideas.

—¡Esas tenemos!—repuso el doctor,—el actual estado de Su Majestad exige que no se tenga ni siquiera una idea aislada, y en cuanto a la coordinación de dos, la prohibición es mucho más terminante.

Carolina respondió con un suspiro.

El doctor reabrió la sangría, y la Reina perdió de nuevo otra cantidad de sangre.

Era superior a lo que podía resistir, y se desvaneció.

Cotugno restañó en el acto la sangre.

—¡Vaya!—dijo;—estas señoras se servirán enviar a la farmacia a que preparen la pócima que voy a recetar. Entretanto, hablaremos.

Escribió el récipe, lo entregó a los dos camaristas y las acompañó hasta la puerta, casi a empujones.

Luego volvió junto a la Reina, que continuaba sin conocimiento, y le asió la mano.

—Vamos a ver—me dijo,—hay que hablar francamente a los médicos, porque de lo contrario pueden equivocarse, y equivocándose, corren riesgo de matar al enfermo.

—¡Dios mío!—exclamé,—¿existe peligro de muerte?

—Siempre existe peligro de muerte, cuando junto a la cama se encuentran frente a frente la enfermedad y el médico. Pero creo que el espíritu está más enfermo que la materia.

—Lo juzgo como usted, doctor, y admiro su penetración.

Cotugno se encogió de hombros.

—No hay penetración—dijo,—y la cosa es para mí clara como el día. Voy a decirle lo que ha ocurrido; si me engaño, impóngame usted silencio; si acierto, déjeme continuar.

—Pero, ¿si la Reina le oye?...

—No hay cuidado; tengo la mano sobre su pulso; cuando esté próxima a volver en sí, lo sabré un minuto antes... ¿No es verdad que la ejecución de ayer ha trastornado a la Reina?

—¿Cómo puede usted saberlo?

—¡Oh! ¡lo que es la malicia! Por lo pronto, esa ejecución ha conmovido a muchas conciencias, y con mayor razón la de la Reina, por haber podido evitar tan doloroso desenlace, y no haberlo evitado.

—Doctor, Su Majestad había ofrecido el perdón a los condenados, y ellos lo despreciaron.

—Sí, he oído contar algo de eso; pero no son asuntos míos. La ejecución tuvo lugar ayer a las cuatro, precisamente a la misma hora en que la Reina cayó enferma.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Sir Guillermo Hamilton; ya ve usted que no quiero pasar por hechicero; pero no tenía necesidad de decirme, porque esta noche, en mi presencia, la Reina se ha estremecido oyendo al reloj dar las tres, y ha dicho: «¡Bueno! ¡nos queda una hora todavía!» Pero no es esto todo: esta mañana, según me dice usted, ha sufrido una violenta emoción.

—Sí, muy violenta.

—Habrá sabido que el príncipe de Caramanico moría envenenado.

—¡Cállese usted!—exclamé,—¡cállese usted!

—He dicho a usted que nada puede oír.

—Pero, ¿cómo puede usted saber?...

—De la manera más sencilla. La Princesa ha venido a mi casa, hace dos horas, a preguntarme si yo quería acompañarla a Palermo. Le he contestado que me era imposible abandonar a la Reina, enferma como está. La he dirigido a Cirillo, a quien debía yo corresponder en igual forma, en atención a la que él tuvo de enviarme a su marido de usted. A la hora presente, la Princesa y él habrán salido ya para Palermo, y si hay medio de salvar al Príncipe, Cirillo le salvará, pues su experiencia es mucha. Mientras yo conversaba con la Princesa, su criado hacía lo propio con el mío, y le ha dicho que su dueña y él llegaban de Caserta.

La emoción de la Reina tiene, pues, origen en la noticia de haber sido asesinado el Príncipe. Fácil me habría sido dejarla a usted en la creencia de que todo eso había sido adivinado por mí; pero, a Dios gracias, no soy, como Gatti, un charlatán. Ahora, ¿quiere usted que le explique mi plan de batalla contra la dolencia de la Reina? Es muy sencillo. La noticia del envenenamiento del Príncipe existe en ella como un ensueño; ignora si ha soñado haber visto a la Princesa, o si realmente la ha visto. Esas son las dos ideas que no puede coordinar, y que no conviene que coordine, y por eso se quejaba de estar demasiado débil para resistir una nueva sangría sin quedar más debilitada. Soy bastante capaz para luchar contra la ejecución de ayer, o contra el envenenamiento de hoy; pero cada cosa por separado. Si las emociones se confundiesen formando una sola, Cotugno se vería entre dos fuegos como un general inexperto, y Cotugno sería vencido. Cotugno debe hacer lo que Horacio: atacar a los Curiáceos separadamente, uno después de otro. ¿Entiende usted? Mi primer Curiáceo, es la

ejecución de ayer; mi segundo, el envenenamiento de hoy; el tercero, en fin, que es el menos peligroso, la enfermedad.

—Ciertamente, señor—le dije mirándole,—es usted un hombre prodigioso.

—¡Oh, no! no lo soy más que otro; tengo práctica y observación; eso es todo. Ahora, oiga usted: todo mi trabajo va a limitarse a impedir los recuerdos en la Reina. Si lo consigo durante tres días, no hay absolutamente nada que temer. Lo que receto, es simplemente un calmante, que es necesario administrarle con la mayor precaución y regularidad, pues, si la dosis fue más alta, la calmaría demasiado.

—¡Dios mío! ¿qué va usted a darle?

—Simplemente, belladona.

—Pero yo entendía que la belladona era un veneno.

—Lo es, en efecto, pero, tomado como lo tomará la Reina, es un narcótico, un calmante. Usted le hará tomar una cucharada de café cada hora... ¡Ah! Su Majestad vuelve en sí. No olvide usted que la ejecución de los jóvenes tuvo lugar hace quince días, y que el envenenamiento del Príncipe es pura fábula... ¡Chitón!

En aquel momento la Reina abrió sus grandes ojos y miró en torno suyo.

—¡Bravo!—dijo Cotugno levantándose.—Su Majestad presenta una notable mejoría. No olvide usted, milady, de hacer tomar cada hora a Su Majestad una cucharadita de la poción que he recetado, cuanto antes mejor... Pero, aquí están precisamente estas señoras que traen la medicina. Denme una cucharita, y la Reina me dispensará el honor de aceptar de mi mano la primera toma.

Y sin dar tiempo a la enferma de hacer ninguna reflexión, le puso la cucharita en la boca, y le hizo tragar la pócima.

—Mañana, a la misma hora—dijo,—volveré.

Diez minutos después de la partida del doctor, Carolina dormía profundamente.

Sucedió todo lo que Cotugno había vaticinado. Por espacio de tres días, la Reina estuvo medio aletargada, en un estado de somnolencia que no era ni sueño ni vigilia. Pasados esos tres días, Cotugno permitió que la luz de la razón iluminase un tanto su espíritu, y a los pálidos reflejos de esa luz, la enferma reconstruyó el edificio de todo lo pasado, pero bajo el aspecto vago e incoloro de sucesos acaecidos en época lejana. Yo, que no la abandonaba un solo instante, yo fui la confidente de sus impresiones al volver a la vida y a los dolores.

Estuvo tres o cuatro días sin hablarme del Príncipe. Una mañana, tras de algún esfuerzo:

—¿En mi delirio—me preguntó,—no ha venido a visitarme la Princesa de Caramanico?

—Sí, señora—respondí;—disponiéndose la Princesa a salir para Palermo, por haber sabido que su marido estaba enfermo, vino a preguntar a Vuestra Majestad si tenía algún encargo que confiarle.

La Reina estrechó con fuerza mi mano, y me miró fijamente.

—Emma—me dijo,—¿ha vuelto la Princesa?

—No, señora.

—¿Se ha recibido carta suya?

—No, señora.

—Da orden de que, a su regreso, hagan entrar inmediatamente.

—Pero, si las noticias que traiga son satisfactorias, ¿se siente Vuestra Majestad lo bastante fuerte para recibir las impunemente?

—Sí, está tranquila; con el sosiego he recobrado la fuerza. Sólo deseo un servicio.

—Mande Vuestra Majestad.

—He aquí la llave de mi escritorio.

¿tú conoces el secreto que en él guardo...

—Sí, señora.

—Pues bien, ve a buscarme mi querida arquilla; tengo necesidad de tenerla a mi lado.

—Voy en seguida.

—Sí, y vuelve pronto. Si por casualidad encuentras al Rey y te pregunta por mí, dile que sigo bien, pero que necesito algunos días más de reposo y de soledad. Nada me sería tan desagradable como verle actualmente.

—Está bien, señora.

Consulté mi reloj.

—Son las nueve de la mañana; al mediodía estaré de vuelta.

—Gracias... No sé lo que sería de mí sin ti.

Le cogí las manos y se las besé.

—De paso, no te olvides de prevenir mi encargo relativo a la Princesa.

—No, señora, esté Vuestra Majestad tranquila.

—Y di también que pueden dar cuerda al reloj... el estado de mis nervios me permite oír el sonido de las horas, aunque toque las cuatro.

Dejé a la Reina y transmití las dos órdenes que me había comunicado.

Encargué al cochero que emprendiese el paso más rápido posible, y partí.

En Maddalone, me crucé con un carruaje pintado de negro, y cuyo cochero, lo mismo que los lacayos, iban de luto. Me estremecí: un presentimiento me decía que en aquel carruaje iba una viuda.

Llegué a Nápoles. Me detuve en el hotel de la embajada el tiempo preciso de cambiar algunas palabras con sir Guillermo; luego, me dirigí a palacio y ejecuté el encargo de la Reina. Para regresar con la misma celeridad, di orden de cambiar el tiro.

A mediodía, menos algunos minutos, estaba de regreso en Caserta. Bajo el peristilo estaba parado el coche con el que me había cruzado a la ida.

Al poner el pie en el primer peldaño de la escalera principal, vi que se abría la puerta de las habitaciones de la Reina.

Salió de allí una mujer completamente enlutada; se llevaba el pañuelo

a los ojos y sollozaba, caminando casi a tientas. Me detuve; pasó sin verme, aunque su vestido rozó con el mío.

Subió en el coche y partió.

Entré en el aposento de la Reina en el preciso momento de dar el reloj las doce.

—Tienes palabra, Emma—me dijo.—Ven.

Me acerqué, extrañado no ver ninguna alteración en su voz. Esperaba encontrarla anegada en llanto y desesperada; me engañaba: estaba fría y resuelta.

Le presenté la arquilla; la abrió con la llave que tenía preparada, y sacando de su pecho un rizo de cabellos:

—Mira—dijo,—he aquí todo lo que queda de él.

Lo llevó con fuerza a sus labios y encerró en la misma arquilla, con sus recuerdos de amor, aquel recuerdo de muerte.

Después, colocando la arquilla debajo de su almohada, en la que dejó caer su cabeza, cerró los ojos, murmurando estas palabras que ya una vez había oído yo salir de su boca:

—¡Es un castigo del Cielo!

LXXIV

Por desgracia, los acontecimientos políticos devolvieron pronto a aquella alma indomable, que no podía vivir sin la agitación de las pasiones y que la devoraba la necesidad de amar o de aborrecer, devolvieron, digo, aquel furor, momentáneamente mitigado por los dolores privados.

La reacción termidoriana, hiriendo a los hombres que habían contribuido en mayor grado a las ejecuciones de Luis XVI y de María Antonieta, procuró a María Carolina un alivio transitorio; pero esa reacción fué como la señal de un acrecentamiento de ener-

gía en las armas republicanas. Mi libro de memorias contiene aún hoy día las fechas de las victorias de los generales republicanos, de las que yo tomaba nota a medida que nos llegaban las noticias de esas victorias, llenándonos de sorpresa; porque, rodeada de enemigos cual estaba, nos parecía que Francia debía ser fácilmente sometida.

Los austriacos, que habían entrado en el interior de Francia, se dejaban reconquistar, el 16 de agosto, el Quenoy, por el general Scherer, y el 27, Valenciennes, por el general Pichegru. El 30, Condé abrió sus puertas a las armas francesas. Landeeries era recuperada el 30 de abril, de modo que, de cuatro plazas conquistadas por el ejército del emperador, sólo le quedaba una en su poder.

En la frontera de España, las cosas no iban mucho mejor: Fuenterrabía y San Sebastián eran ocupadas por el general Moncey, y el fuerte de Bellaguardia caía en poder del general Dugommier.

El general Jourdan, al frente del ejército de Sambre y Meuse, alcanzaba ventajas, que nos alarmaban sobremedida. Después de haberse apoderado de Aix-la-Chapelle, había, el 2 de octubre, ganado la batalla de Aldenhoven, y el 3 apoderóse de Juilliers, y sucesivamente de Andernach, Coblenza, Maestricht, Colonia, al mismo tiempo que Pichegru se apoderaba de Nimega, ocupaba Amsterdam, de donde huyó el estatúder, y aprisionaba a la flota holandesa en Texel.

Finalmente, el 9 de febrero, se celebró un tratado de paz entre Francia y Toscana, estableciendo la república francesa en el sistema político de Europa.

La Reina mandó formar al general Acton un cuadro de las fuerzas militares de Francia al principiar el año 1795, y de dicha relación se desprendió que Francia tenía en 1.º de marzo, ocho ejércitos en campaña: el del Norte, al mando del general Moreau; el de Sambre y Mosa, por el general Jourdan; el del Rhin y Mosela, por el ge-

neral Pichegru; el de los Alpes y de Italia, por el general Kellermann; el de los Pirineos Orientales, por Scherer; el de los Pirineos Occidentales, por Moncey; el de las costas del Oeste, por Clanclaux; el de las costas de Brest y de Cherburgo, en fin, al mando de Hoche.

Esta formidable manifestación produjo un efecto más grande aún en la corte de España que en la de Nápoles; porque el rey Carlos IV, hermano del rey Fernando, se decidió a pactar con Francia y se firmó la paz el 22 de julio de 1795.

Advertido un mes antes, por la Reina de esta defección de Carlos IV, sir Guillermo Hamilton la notificó al gobierno inglés, el cual pudo desde luego apercibirse en previsión de una futura hostilidad.

Súbitamente, la noticia de la jornada del 13 vendimiario llegó a Nápoles, y con ella, por segunda vez, el nombre de Bonaparte. Sólo que, desde el 19 de diciembre de 1794 al 4 de noviembre de 1795, el oficial había ascendido a general fulminando a las secciones en las gradas de la iglesia de San Roque.

Este triunfo obtenido en la guerra civil y la protección del general Barras le dieron en menos de un mes el mando del ejército de Italia.

La corte de Viena creyó que Francia estaba loca viendo que confiaba sus destinos a un joven de veintiséis años, conocido únicamente por dos victorias alcanzadas sobre los franceses.

La Reina recibió una carta de su sobrino; todos los viejos generales austriacos se rieron de conmiseración a la vista de aquel niño que se les oponía, a ellos, estratégicos por excelencia.

En efecto, ¡qué suponía ni qué era la reputación del general Bonaparte, comparada con la de un Beaulieu, de un Wurmser, de un Alvinzi y del príncipe Carlos!

Esperábamos con impaciencia el comienzo de las operaciones. Austria había reunido cinco ejércitos, 180.000 hombres aproximadamente. Bonaparte, con 36.000, avanzó por Saboya al

encuentro de Beaulieu, quien, a su vez, le salió al paso con 50.000 austriacos.

Casi al mismo tiempo, recibimos noticias de la batalla de Montenotte y de las de Millesimo y Dego.

Nuestro estupor fué inmenso: Beaulieu había sido derrotado; había tenido 6.000 muertos, 8.000 prisioneros y perdido diez o doce cañones.

Pero la consternación subió de punto, cuando se supo que el ejército sardo, separado del austriaco, había sido derrotado en Mondovi; que los austriacos, en número de 10.000 y con 18 piezas de artillería habían sido puestos en fuga en el puente de Lodi, por dos mil franceses, mandados por Bonaparte; que el general Massena había entrado en Milán, y que se había celebrado en París un tratado de paz entre la República Francesa y el rey de Cerdeña, tratado en virtud del cual, el Rey cedía a la República Saboya, Niza y Tenda, y permitía el paso por sus Estados a los ejércitos franceses.

No me propongo seguir aquella campaña en todos sus pormenores; quiero solamente constatar los hechos y dar una idea de la impresión que ellos produjeron. Wurmser, sucesor de Beaulieu, fué derrotado en Castiglione, en Roveredo, en Bassano, y obligado a encerrarse en Mantua. Alvinzi, enviado en su socorro, fué derrotado en Arcole y en Rivoli. El príncipe Carlos, que los reemplazó, quedó vencido dondequiera que fué encontrado.

¡Todo eso en el transcurso de un año!

Toscana y Cerdeña celebraron la paz con Francia; el duque de Módena y el papa entraron también en pactos con la República. Venecia, que veía a los franceses a sus puertas, ordenó al hermano del Rey salir de Verona y de los Estados de la República.

A partir de aquel momento, los acontecimientos se sucedieron con espantosa rapidez. El general Massena ocupó a Clagenfurth, capital de la Carintia; el general Bernadotte se apoderó de Leybach, capital de la Carniola; el general Augereau entró en Venecia, derrocó al antiguo gobierno y lo reem-

plazó por una municipalidad democrática.

La situación era tanto más grave para nosotros—digo *nosotros* dado lo mucho que yo me había identificado con la Reina y sir Guillermo Hamilton con el Rey—la situación era tanto más grave para nosotros, cuanto que la corte de Nápoles provocaba sin cesar al vencedor, enviando socorros a Austria y publicando terribles manifiestos.

En esos manifiestos, el Rey no intervenía sino para firmarlos, y a menudo, en vez de estampar la firma de su puño y letra, se empleaba el sello de que he hablado en otro lugar; eran redactados por el general Acton, el príncipe de Castelcicala y la Reina; y como ésta tenía una letra bastante mala, ordinariamente era yo la que le servía de amanuense.

Conservo uno o dos de aquellos documentos, y por su fogosidad, se juzgará la peligrosa posición en que se colocó la corte de las Dos Sicilias, en frente del gobierno francés.

«Ninguna consideración sea capaz de inclinarnos a conceder gracia a los franceses, que han trastornado todas las leyes de la sociedad y de la justicia, y que, no satisfechos de sus propios crímenes, las han llevado y hecho germinar en las naciones vencidas o en las que han sido bastante crédulas para recibirlos como amigos.

»Pero, colmada la paciencia de los pueblos, se han levantado éstos para destruirlos. Imitemos el ejemplo de esos defensores justos y animosos; confiemos en el apoyo divino y en nuestras propias armas, y háganse rogativas en todas las iglesias. Y vosotros, católicos napolitanos, pedid al Señor que conceda tranquilidad al reino; escuchad la voz de vuestros sacerdotes, seguid sus consejos, tanto si son dados desde el púlpito, como si proceden del confesionario.

»En todos los ayuntamientos se han establecido listas para los alistamientos voluntarios. Acudan a inscribirse en esos registros honrosos, todos los napolitanos capaces de empuñar las armas. Considerad que es en defensa de la patria, del trono, de la libertad,

de las tres veces santa religión cristiana. Considerad que se trata de vuestras mujeres, de vuestros hijos, de vuestros bienes, de los placeres de la vida, de las costumbres paternas, de las leyes de vuestros antepasados. Yo estaré con vosotros en vuestras oraciones y en los combates que libréis. ¡Quién no prefiere la muerte a la vida, si ésta ha de ser al precio de la justicia y de la libertad!»

Después, el Rey, o mejor dicho, los que escribían en su nombre, continuaban en la siguiente forma, dirigiéndose a los obispos, a los curas, a los confesores y a los misioneros:

«Es, por lo tanto, voluntad nuestra que se celebren actos religiosos en las iglesias de los dos reinos, pidiendo a Dios la paz de nuestros Estados; y con tal objeto, en el altar, en el púlpito, en el confesionario, recordaréis a los napolitanos sus deberes de cristianos y de súbditos, de suerte que ofrezcan a Dios un corazón puro y al país un brazo armado para la defensa de la religión y del trono.

«Señalad a vuestros feligreses los errores en que Francia ha caído, los embustes de la tiranía que ellos llaman libertad, las herejías de las tropas francesas; en una palabra, mostradles el universal peligro. Excitad al pueblo por medio de procesiones y otras ceremonias religiosas, y demostrad a todos claramente que el movimiento revolucionario, removiendo a la sociedad en sus cimientos, hiere de muerte a sus dos principales columnas: la Iglesia y el trono.»

Esta proclama fué publicada en todas las calles y encrucijadas, pegada a todas las paredes, comentada en todas las iglesias.

Las rogativas empezaron inmediatamente en la iglesia metropolitana de San Javier.

Los curas, fuese por convicción, fuese por fanatismo, secundaron más y mejor las intenciones de la Reina. Ambos soberanos se dirigieron con gran pompa a la catedral, ocupada por los ministros, cortesanos, magistrados, por cuantos de un modo u otro dependían

del gobierno. El pueblo siguió el ejemplo que le daban, y fué tanta la concurrencia que invadió las iglesias, que casi era imposible transitar por las calles, pues en Nápoles hay pocas calles donde no se levante una iglesia. La gente que, por estar llenos los templos, no podía entrar en ellos, se estacionaba a sus puertas, y allí, al aire libre, se entregaba a sus oraciones.

A partir de entonces, los franceses fueron considerados por los napolitanos como ladrones, asesinos, heréticos, excomulgados, y nadie tenía obligación de conservar con ellos ni las leyes de la fe ni el honor de la palabra; se les podía perseguir, herir por la espalda, envenenarlos, asesinarlos durante el sueño, matarlos, en fin, como perros rabiosos.

Tal es la ceguera de la pasión, que yo misma participaba de esa rabia, por decirlo así, contra una nación a la cual he venido posteriormente a pedir asilo, que me ha concedido, ¡cuando Inglaterra me negaba un pedazo de pan!

Mis sentimientos se conocerán por algunas cartas mías que citaré sin quitarles una sola sílaba.

Pero había en Nápoles una clase social que no participaba de ese odio a los franceses, y que, por lo mismo, no figuraba en el coro de oraciones elevadas al Cielo contra ellos.

Era la clase libre, independiente, instruída del *mezzo ceto*; eran los legisladores, los médicos, los filósofos, los abogados, los poetas. Por lo que la Reina se apresuró a reorganizar la *Junta de Estado* y a poner nuevamente en campaña a sus tres esbirros, Vanni, Guidobaldi y Castelcicola.

Las prisiones se llenaron otra vez, y los principales nombres de Nápoles aparecieron en la lista de prisioneros.

Pero, en medio de todos estos preparativos de guerra defensiva y ofensiva, el armisticio de Brescia, que precedía al tratado de Tolentio celebrado con Pío VI, vino, conforme he dicho, a llenarnos de estupor. Por el tratado de Tolentio, el Padre Santo cedía a Francia Bolonia, Ferrara y Romanía, y las provincias cedidas tenían el dere-

cho de constituirse en República; lo cual no dejaron de hacer apenas la cesión fué un hecho consumado.

El general Acton y la Reina comprendieron que no había un instante que perder. Sabían que el Directorio incitaba a Bonaparte a vengarse del gobierno de las Dos Sicilias, y que Bonaparte había dicho:

«Somos bastante poderosos para dar a esa venganza todo el aparato que merece; pero llegará un día en que le haremos pagar todas sus traiciones pasadas, presentes y futuras, y el rey Fernando y la reina Carolina no habrán (respondo de ello) perdido nada en esperar.»

Esta respuesta había sido comunicada, palabra por palabra, a la corte de Nápoles, y si bien se aplazaba la venganza para un cierto tiempo, el Rey tuvo tanto miedo de esa espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, que envió al príncipe de Belmonte a Bonaparte, con encargo de obtener a toda costa un tratado de paz.

El 11 de octubre de 1797 se firmó el tratado siguiente por los mandatarios de las dos potencias.

Lo reproduzco íntegro para que se pueda juzgar del grado de dependencia a que el miedo había llevado a la corte de Nápoles frente a la República francesa.

Los términos de ese tratado no eran ambiguos.

«Nápoles, separándose de sus otras alianzas, permanecerá neutral y cerrará la entrada de sus puertos a todos los buques de las potencias que estén en guerra con Francia.

«Cuatro barcos enemigos de Francia podrán ser recibidos en ellos, pero solamente como *máximum*.

«Se pondrá en libertad a todos los franceses presos por motivos políticos.

«Se harán serias investigaciones para descubrir a los que robaron los papeles del ministro Mackau.

«Los franceses serán libres en el ejercicio de los diferentes cultos que profesen.

«Se firmarán con la República francesa tratados de comercio que den a Francia, en los puertos de Sicilia, los

mismos derechos que disfruten las naciones más favorecidas.

«Se reconocerá a la República bávara y se la comprenderá en el presente tratado de paz.»

Además, había una cláusula que debía quedar en secreto y no ser conocida más que de los contratantes. Estaba concebida en los siguientes términos:

«El Rey pagará a la República francesa ocho millones de francos (dos millones de ducados).

«Los franceses, por su parte, antes de concertarse con el Soberano Pontífice, no pasarán de la fortaleza de Ancona, y no apoyarán ni moralmente, ni de un modo efectivo, los movimientos militares de la Italia meridional.»

LXXV

El curso de los sucesos había cambiado en el espacio de un año.

Aquel insignificante Bonaparte de quien todo el mundo se burlaba, victorioso después de una campaña que se podía parangonar con los más brillantes hechos de armas de Alejandro, de Aníbal y de César, había sido calificado por el Directorio con el nombre de *hombre providencial*, y la República francesa le entregó una bandera en la cual aparecía escrito, en letras de oro:

«El general Bonaparte ha destruído cinco ejércitos, triunfado en diez y ocho batallas y en sesenta y siete combates, ha hecho prisioneros de guerra a 160.000 soldados enemigos, enviado a Francia 160 banderas, 1.180 piezas de artillería para enriquecer nuestros arsenales, 200 millones al Tesoro y 51 barcos de guerra; las obras maestras de arte para embellecer nuestras galerías y nuestros museos, preciosos manuscritos para nuestras bibliotecas; en

fin, ha dado la libertad a diez y ocho pueblos.»

Fácilmente se comprenderá el pesar que tales honores a nuestro enemigo producían a la corte de Nápoles, a sir Guillermo Hamilton y a mí; a mí, como amiga de la Reina, de cuyos odios y de cuyas simpatías participaba; a sir Guillermo, como embajador de Inglaterra.

La Reina fué acometida de un acceso de furor, como pocas veces vi en ella, el día en que el Gobierno de las Dos Sicilias se vió obligado a reconocer a la República cisalpina.

El tratado de Campo-Formio, firmado entre Francia y Austria, tenía grande importancia. Francia extendía, de un lado, sus fronteras hasta los Alpes, y del otro, hasta el Rhin; Austria perdía en territorio, pero ganaba en súbditos; la República cisalpina crecía, al paso que la de Venecia decaía y pasaba a ser propiedad del emperador.

La paz parecía asegurada; pero sir Guillermo se sonreía con su diplomática sonrisa, cuando le hablaban de la duración de esa paz.

—En tanto que Inglaterra esté en guerra—decía,—el mundo, y sobre todo Francia, no sabrá vivir en paz.

La Reina, que tampoco tomaba en serio dicha paz, aprovechó aquel transitorio sosiego para celebrar las bodas del príncipe heredero con la archiduquesa Clementina. Poco diré de ese Príncipe, que desempeñó un papel secundario durante mi permanencia en la corte de Nápoles, y nada de esa Princesa que no desempeñó ninguno.

El Príncipe tenía a la sazón veintidós años, y era un joven muy instruído. Puesta la mirada en Europa, no perdía uno solo de los detalles del gran drama histórico que se desarrollaba en su seno, y, sin embargo, al parecer, no veía nada; asustado de las violencias de su madre, procuraba mantenerse ajeno a las cuestiones que se presentaban, aunque fuesen de la mayor importancia para el trono de las Dos Sicilias, y por lo tanto, para él, que era su heredero. Lo mismo que el Rey, en medio de todos aquellos trastornos, parecía interesarle más una cacería en

Astroni o en Persano que la caída y advenimiento de una república, parecía dedicar más atención a los descubrimientos de Mesmer, de Montgolfier y de Lavoisier, que al armisticio de Brescia o al tratado de Tolentino. Su madre le quería poco, y en la intimidad, decía de él que era tan estúpido como su padre.

El predilecto de María Carolina era el príncipe Leopoldo, que entonces tenía ocho o nueve años. Es verdad que era una criatura adorable, radiante de belleza, muy travieso e inteligente.

El otro Príncipe era un niño de seis años, de poca salud, llamado Alberto, que tuve el dolor, más adelante diré cómo, de ver morir en mis brazos.

Una escuadra napolitana fué a Trieste para buscar a la joven archiduquesa, y la condujo a Manfredonia, en donde la esperaba el príncipe Francisco, por más que las ceremonias del matrimonio debían llenarse en Foggia, o sea, a cinco o seis leguas del interior.

El Rey y la Reina acompañaron a su hijo; dicho está, que yo iba con ellos. Sir Guillermo Hamilton se había quedado en Nápoles.

Yo estaba ansiosa por ver a la novia, que, por lo demás, se decía que no valía gran cosa. Esa opinión habría sido acertada, si la inalterable palidez de su cutis y la profunda melancolía de su semblante no hubiesen dado a la fisonomía de la Princesa un gran interés. ¿De dónde procedían esa palidez y esa melancolía? Nadie lo supo jamás. Quizás de algún amor contrariado; quizás fuese ese signo fatal impreso en la fisonomía de los que están destinados a morir jóvenes.

El matrimonio se celebró en la segunda quincena del mes de junio, y con tal motivo se concedieron muchas gracias y favores. Acton, primer ministro, fué nombrado capitán general. Cuarenta y cuatro sillas episcopales fueron ocupadas por otros tantos nuevos obispos; con lo cual, el Rey hacía un verdadero sacrificio, porque, mientras estaban vacantes dichos cargos, él cobraba sus rentas. A los oficiales que en la guerra de Italia se habían declarado contra Francia, se les concedían

grados y condecoraciones. En fin, a muchos habitantes de Foggia se les dió el título de marqués, en recompensa de los enormes gastos que habían hecho con ocasión de la boda del Príncipe heredero.

Quiero hablar del asesinato del general francés Duphot.

Lo contaré con algunos detalles, porque este incidente determinó la ocupación de Roma por los franceses, y, por consiguiente, la proclamación de la República romana.

Hoy día, que escribo lejos de los sucesos y singularmente de los odios de la época, espero poner en mi relato la imparcialidad de un historiador.

Después que se hubo autorizado a la Romanía para constituirse en república, se formó un partido republicano en Roma.

Ese partido se componía particularmente de artistas franceses, residentes en la ciudad, los cuales habrían creído faltar a sus deberes de patriotas si no hubiesen procurado por todos los medios hacer prosélitos a la causa del gobierno que representaban.

José Bonaparte, hermano de Napoleón Bonaparte, era embajador. La familia había progresado al arrimo poderoso del *hombre providencial*, como le llamaba el Directorio.

José Bonaparte, en el que, a la sazón, ni se adivinaba al futuro usurpador del trono de Nápoles, hacía todos los posibles para contener a los republicanos, diciendo que no era aún llegado el momento.

No obstante sus esfuerzos, el 26 de diciembre de 1797, advirtieron al embajador que se preparaba un movimiento; los despidió, suplicándoles que se opusiesen, si podían, a ese movimiento durante algunos días más.

Se retiraron, prometiendo dedicarse a ello.

Al día siguiente, el caballero de Azara, ministro de España, avisó personalmente a José Bonaparte la proyectada demostración.

En efecto, el 28 de diciembre, se verificó el motín. Acometidos por los dragones, fusilados por una compañía de infantería, los republicanos se re-

fugieron bajo los pórticos del palacio Corsini, que habitaba el embajador.

Como el suceso que siguió ha sido narrado de muchas diferentes maneras, me limitaré a transcribir aquí el parte oficial de José Bonaparte; de ese parte, nos fué remitida una copia, y de ella sacó lo que se va a leer. El documento es desconocido, o poco menos, lo cual, a mi ver, le comunicará un cierto interés.

Tomo la narración del embajador en el punto que he interrumpido la mía:

«...Un artista francés nos advirtió que la turba era numerosa y que había distinguido entre la multitud a algunos espías bien conocidos del Gobierno que gritaban más fuerte que los demás: «¡Viva el pueblo romano! ¡viva la República! Le encargué que bajase inmediatamente a dar a conocer mi voluntad a los amotinados. Los militares franceses que me rodeaban me pidieron permiso para disolver a los grupos por medio de la fuerza, lo cual demostraba su fidelidad; tomé las insignias de mis funciones y rogué a los oficiales que me siguiesen. Prefería hablar personalmente a los revoltosos, cuya lengua me era familiar.

»Al salir de mi despacho, oímos una descarga cerrada; era un piquete de caballería que, entrando en mi jurisdicción sin advertírmelo, la había atravesado al galope y hecho fuego por los tres amplios pórticos del palacio. La multitud corrió entonces hacia los patios y escaleras. A mi paso, encontré moribundos, fugitivos acobardados, a gente pagada para excitar y denunciar el movimiento. Una compañía de fusileros siguió de cerca a los jinetes: la encontré que avanzaba por el vestíbulo. Al verme, se detuvo. Busqué con la vista al jefe; estaba oculto entre las filas, y no pude distinguirlo. Pregunté a la tropa con qué orden entraban en la jurisdicción de Francia; les mandé retirarse, y se retiraron algunos pasos. Creyendo haber solucionado el asunto por ese lado, me dirigí hacia los amotinados que estaban refugiados en el interior de los patios. Algunos de ellos avanzaban ya contra las tropas,